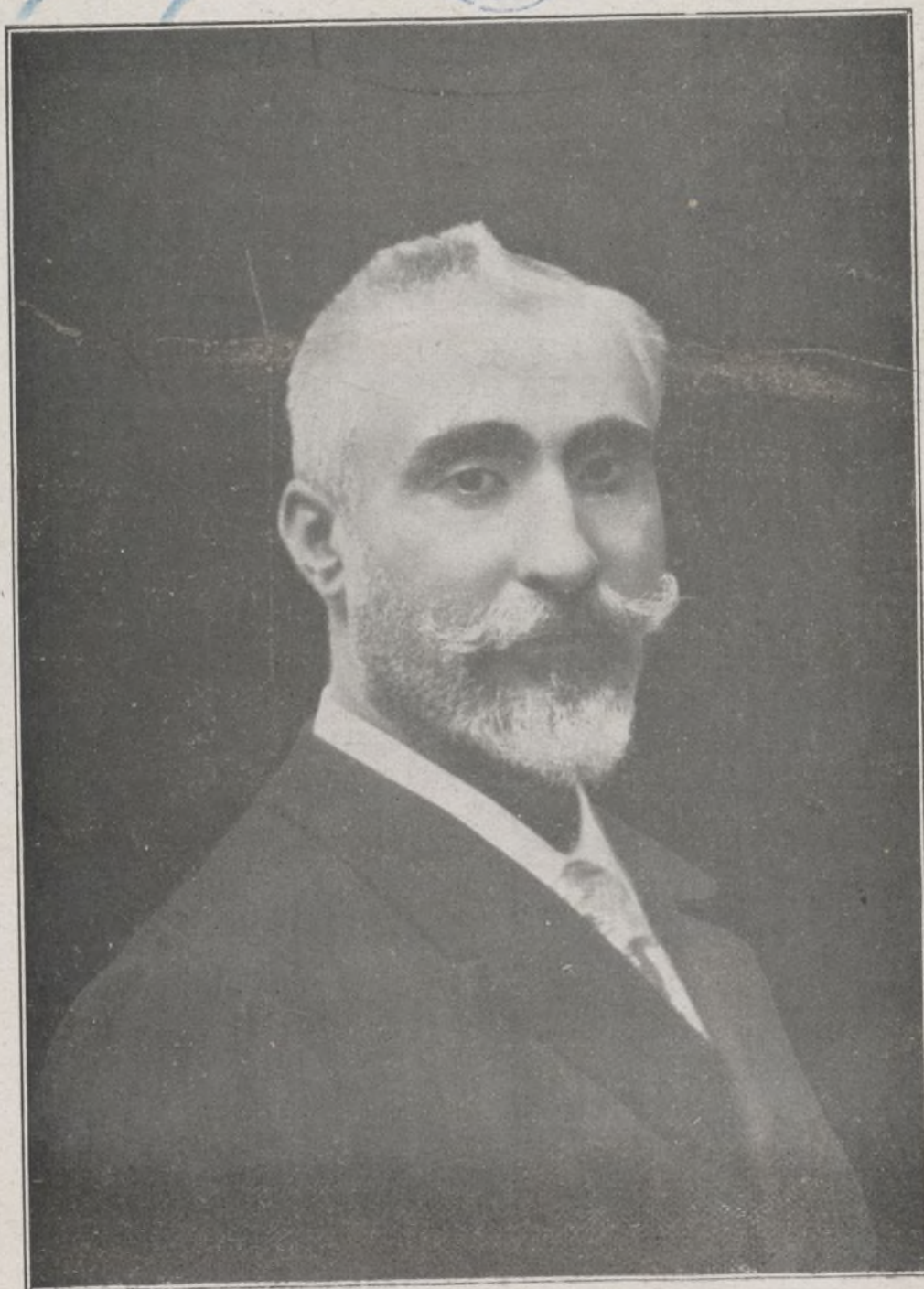


Revista de Historia y Geografía

DONATIVO
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1940

Agencia 1902



Excmo. Sr. D. Antonio Maura.

OFICINAS
BARQUILLO, 13, ENTRESUELO
APARTADO DE CORREOS, 48

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ESPAÑA

Semestre..... 12 pesetas.
Año..... 24 »

EXTRANJERO

Un año..... 30 francos.

DIRECTOR PROPIETARIO
MANUEL DE A. TOLOSA

Cuenta corriente en el
CREDIT LIONNAIS
MADRID

Año II

Madrid 20 Noviembre 1902

Núm. 13.

MAURA

Con sobrada razón ha dicho recientemente Cleveland, refiriéndose á la política contemporánea, que si antes los partidos hacían á los hombres, hoy son los hombres los que hacen á los partidos.

Así es, en efecto, y sin que los partidos sean *personales*, es indudable que hoy los prestigios de un nombre ilustre y los antecedentes de una historia sin mancha, son los que sirven de centro á los núcleos políticos.

En dos personalidades se sintetizó, por decirlo así, el partido que en nuestros fastos políticos se llamó *gamacista*, y desaparecido de entre nosotros el hombre insigne que dió nombre á aquella fracción, Maura, no obstante sus rasgos de discretísima modestia, recibió como herencia la jefatura de la agrupación que Deroulede no vaciló una vez en denominar «la más sensata» de cuantas constituyen la vida política y parlamentaria española.

En aquellos días en que el dolor embargaba aún al señor Maura, una aclamación espontánea de las huestes que acaudilló Gamazo designábale por jefe indiscutible, como así lo era en efecto. El Sr. Maura limitábase á contestar: «Ésperemos, habrá que esperar mucho... Ahora el que quiera seguirme, quien desee ser mi amigo político, séalo en buen hora.» ¡Cuán distinto criterio de quienes seducen con cantos de sirena, con prometedos paraísos, con el triunfo próximo, con el Poder á plazo fijo, para sumar alrededor una fracción política!

Orador elocuente, letrado insigne y Ministro muy joven, el Sr. Maura trajo en días bien señalados á la política española la nueva savia de sus entusiasmos y la fecundidad de su talento.

Sincero como pocos, él mejor que nadie ha podido decir en plenas Cortes que el Parlamento no lo formaban las oligarquías intelectuales y políticas, como no integran el cuerpo humano los ingredientes que lo componen, y que un Gobierno no es tampoco una colección de Ministros, mientras no tenga un programa definido y cuente con la estimación pública y el asentimiento y la confianza general de que posee medios para la gobernación del Estado. He ahí cómo entiende el Sr. Maura el concepto del Gobierno.

Justo siempre, sereno é imparcial, de los que en toda ocasión pueden levantar orgullosos y satisfechos la cabeza, de los que están seguros de que jamás la calumnia pudo hacer en ellos mella, el Sr. Maura entiende que «esa política que la púrpura atrae como la luz á la mariposa, se quema cuando al llegar á los que tienen el cetro en la mano, se encuentra con la irradiación de un prestigio sólidamente establecido». Así es como Maura contesta á los que parecen temer á los calumniadores.

En cuanto á su criterio de gobierno, él mismo lo ha dicho: «Con coacciones y con fuerza no se rige á los pueblos, como no se rige á las familias con los Códigos, sino con el afecto y el cariño que impone á las personas la sumisión antes que el mandato.»

No podría hablar más categóricamente un demócrata, y es que el Sr. Maura lo es, sí, porque amante del pueblo y de su Patria, quiere que los altos Poderes del Estado y la opinión nacional se identifiquen en un mismo sentimiento, quiere que la gran familia española sea tal familia, y anhela, con todo el entusiasmo de su alma generosa, que en el Go-

bierno, el Parlamento y el pueblo existan esas corrientes de amor y de respeto que mutuamente se deben unos á otros, y que, siendo las Cámaras el fiel reflejo de la opinión pública, busquen en ella la solidez de sus prestigios.

Por otra parte, los Gobiernos, en consonancia con las demandas de la opinión, necesitan de programa, de ideal, de punto de mira al que poder encaminar recta y constantemente sus actividades todas, y ¡ay! del Gobierno que llega á detenerse para producir «los estragos del agua estancada».

Constancia, actividad, trabajo, he ahí también otra de las características de la gran figura de este estadista insigne.

Conocedor como nadie de nuestra política colonial, él antes que nadie predijo la mala marcha de nuestros asuntos en Ultramar, y competente en cuanto á nuestro comercio marítimo se refiere, ilustró muchas veces á la Cámara en estos arduos problemas, y mereció ser designado para la presidencia de la Liga Marítima Nacional, donde trabajando sin descanso, y ajeno, en cierto modo, á la política palpitante y de momento, se ha dedicado solamente á velar por los intereses marítimos y comerciales de España.

Mucho debe la Patria al ilustre diputado, pero aún circula por sus venas sangre joven, y todavía alientan su espíritu fogosos entusiasmos; todavía puede hacer mucho en bien de la Patria.

El panteón de Cánovas.

Las gestiones practicadas por la familia del ilustre estadista D. Antonio Cánovas del Castillo para obtener la autorización del traslado de sus cenizas al Panteón de Atocha, han dado el resultado que debía esperarse.

S. M. el Rey, apenas tuvo conocimiento de la instancia presentada por D. Antonio Cánovas del Castillo y Vallejo, se interesó mucho en el asunto, haciendo que se resolviera á las veinticuatro horas, por medio de una Real orden.

La parte dispositiva de ésta dice así:

«S. M. el Rey nuestro señor (q. D. g.), deseando honrar la memoria del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo (q. D. h.) y accediendo al ruego de la distinguida familia del finado, representada por D. Antonio Cánovas del Castillo y Vallejo, se ha dignado disponer que las cenizas de tan esclarecido estadista, muerto en mal hora para la Patria y la Monarquía, á las que consagró, con perseverante afán, las dotes de su poderosa inteligencia, sean trasladadas al Panteón de Nuestra Señora de Atocha.»

En la Real orden se da toda clase de facilidades á las personas encargadas de su ejecución.

A la Real orden recibida por el Sr. Cánovas y Vallejo acompaña una carta del mayordomo mayor de Palacio, en la cual se dice:

«Nada más justo que dar cristiana sepultura en el Panteón de Atocha, que ostenta el lema: *Pro Patria mortuis honor et pax*, al esclarecido varón que murió por su Patria, después de haberle consagrado todas las energías de su alma y el fruto de su privilegiado talento.»

Los restos del gran estadista descansarán, pues, en breve en el Panteón de Atocha.

LOS FERROCARRILES Y LA LEGISLACION

Parlamentos y empresas.

Uno y otro día se viene clamando por toda la prensa periodística, salvo aquella insignificante parte de la misma que, pasando por tener un carácter técnico ó marcadamente profesional, no es sino un eco de las empresas que subrepticamente la subvencionan y pagan, viene clamándose, decimos, contra las Compañías de ferrocarriles que, lejos de cumplir sus compromisos, llegan la mayor parte de las veces á colocarse verdaderamente fuera de la ley común, y lo que está por cima de todo el derecho positivo, á faltar á sus convenios, pactados en la seguridad de una buena fe que luego resulta no existir.

Las concesiones otorgadas en circunstancias tan especiales, que han llegado á constituir, respecto de las Compañías ferroviarias, un estado de derecho especialísimo que transciende á un positivo privilegio, han sido, sin género alguno de duda, las causantes de este prurito de que las grandes empresas de ferrocarriles, no sólo en nuestro país, sino en todos, parecen hallarse poseídas, como si ya que su origen se debiese á una ley especial votada en Cortes, también todos sus actos provenientes de su existencia tuviesen necesidad y precisión de regularse por disposiciones especiales dictadas *ad hoc* por el Poder Legislativo.

Este es un gravísimo error que en modo alguno puede admitirse, ni aun en las teorías más extremas ó exageradas, haciendo verdadera falta que se inicie y sostenga una verdadera campaña, que redundará en bien de todos, en la que se proclame el principio y se sostenga la verdad, que no por ser más evidente es más reconocida, de que las grandes empresas, como las pequeñas, ferroviarias ó no, sean de la índole que quieran, están sujetas á una norma común y general, á una ley, que rige y debe regir por igual para todos cuantos ejercen una industria.

Los abusos, los *olvidos*, llamémoslos así, pues de alguna manera hemos de llamarlos, los «atropellamientos», como dicen los ingleses, que en esto de «empresas de explotación industrial» son verdaderos maestros, han sido y continúan siendo tontos en la mayoría de los países donde hay empresas ferroviarias, que en algunas naciones, tal como Rusia, se ha impuesto la necesidad de que el Estado sea quien se incaute de determinadas líneas, despojando á las Compañías infractoras de sus compromisos y obligaciones, de todos sus derechos.

Se nos argüirá que no hemos llegado todavía en España á este extremo (y no porque hayan faltado los motivos, sino por falta de energía ó de *resistencia* por parte del Estado); pero ni aquí concretamente nos referimos á nuestra nación, ni creemos tampoco que nadie que nos lea pensará que nuestras líneas en explotación por empresas particulares y *no nacionales*, aunque todo lo *nacionalizadas* que se quiera, son un modelo ni muchísimo menos de ferrocarriles montados con el arreglo y las seguridades que exigen la ciencia y las necesidades contemporáneas.

Desde luego que los ferrocarriles exigieron en otros tiempos, á raíz de su implantación, disposiciones legislativas *especiales*, pues tratándose de *cosa* nueva y no estando previsto, por lo tanto, ni su modo de funcionar y mucho menos las múltiples incidencias á que su funcionamiento pudiese dar motivo, necesitaban de reglas perfectamente acopladas á su ejercicio; pero de esto á suponer que siem-

pre han de regularse *en todas sus relaciones* por un derecho especial, va una gran distancia, la misma que media entre suponer que un cazador, por estar sujeto á la ley de caza, no puede ser juzgado por la ley común si comete un hurto ó un homicidio.

La inspección del Estado, por otra parte, tampoco ha producido durante ninguna de las épocas en que se ha ejercido, el resultado que era de esperar. Los abusos han continuado, las transgresiones de la ley, lo mismo y en todos los órdenes del funcionamiento de la explotación de nuestros ferrocarriles, se han presentado y ofrecido idénticas ó, por lo menos, análogas muestras de la mal entendida y peor practicada supuesta omnipotencia de las Compañías ferrocarrileras.

No ha sido solamente en nuestra patria donde este modo de proceder se ha patentizado, pues en todos los países han ocurrido iguales fenómenos, y en Bélgica mismo, allí donde los constructores, fabricantes y explotadores de ferrocarriles han situado en Europa, frente á Pensylvania y Chicago, «la Meca» de las construcciones más adelantadas en cuanto á este orden de material se refiere.

Indudablemente, el Parlamento está en el ineludible deber de velar, cuando legisla, por los intereses, no de determinada empresa ó Compañía, que al fin y al cabo es un particular, goce ó no de mayores ó menores preeminencias y prerrogativas, sino por el bien de todos los ciudadanos que pueden necesitar de aquella empresa, que por ella pueden, en nombre del bien público, ser solicitados en intereses tan sagrados como su propiedad, cual ocurre con las expropiaciones, y que en último caso á ella tienen que supeditarse en el tráfico que implica el traslado de sus mercancías, productos ó manufacturas ó en el propio transporte de su persona.

Hemos dicho que los Parlamentos, las Cámaras de todas las naciones ó quienes legalmente, con arreglo á la Constitución respectiva hagan sus veces, están en el deber de dictar las oportunas disposiciones con el mayor carácter ejecutivo posible; pero si esto constituye una verdad, lo cierto es que no ha pasado de ser una verdad teórica, y que si se exceptúa Suiza, en Europa ninguna Cámara se ha puesto frente á frente de los abusos cometidos por las Compañías de ferrocarriles, mayores aún cuando la Compañía deja de ser tal para convertirse en organismo dependiente del Estado por virtud de la incautación de sus líneas por esta entidad, en cuyo caso el abuso suele erigirse, contra lo que vulgarmente se cree, en verdadera ley de la explotación.

Preciso es, por consiguiente, que en estos asuntos se ponga mano, y mano dura y fuerte, único medio de que caigan por su base habladurías que, trascendiendo á la opinión, parecen dejar adivinar lapidaciones y cohechos, prevaricaciones tal vez de muy sagrados juramentos, suspicacias, que viene á abonar el caso, por mala fortuna muy frecuente en todas las Cámaras europeas, de que los representantes más obligados á poner coto á las demandas de estas empresas sean á la vez individuos de sus Consejos de Administración ó accionistas muy poderosos de las mismas.

Fuerza es acabar con tal estado de cosas, con lo que las Compañías que sean verdaderas cumplidoras de sus obligaciones saldrán gananciosas, evitándose así que se las compare con las que, al amparo del favoritismo, delinquen á diario, y para ello nada mejor que, como ahora va á hacerse en Holanda de un modo positivo, sin subterfugios,

ambages ni rodeos, se considere como incompatibilidad absoluta entre un diputado y un accionista ó interesado en los negocios de una Compañía de ferrocarriles, el reunir en una misma persona ambas circunstancias.

Bueno es el ejemplo, y falta nos hace que se siga para bien de todos.

LA REFORMA MUNICIPAL

Ningún *bill* reviste más importancia en España que el referente á la reforma municipal. Fuste de la democracia verdadera, el Municipio es la base solidaria de la autonomía de los pueblos, principio en que se apoyan todos los sistemas constitucionales. El termómetro que mide los grados de vitalidad de una Constitución, es el Ayuntamiento: mírese el comportamiento de éste, y se verá reflejada con todas sus ventajas y todos sus defectos la organización de aquélla. En nuestra patria, desgraciadamente, la vida que arrastran los cabildos concejiles es anémica y penosa, así reconocido por sorprendente unanimidad; de donde, por inducción, hemos de conceder que nuestro régimen es vicioso é imperfecto, y no consolida la idea de un pueblo autócrata, de un pueblo que tiene intervención directa é inmediata en su propia administración y en su gobierno propio, que tiene jurisdicción legítima.

El actual Ministro de la Gobernación, conocedor de estas relaciones y de estas deficiencias, se ha propuesto hacer algo provechoso en la presente legislatura. Se impone la necesidad de una modificación intensa en la ley Municipal que hoy rige, y á su efecto ha llevado á la alta Cámara un proyecto de reforma que merece estudio detenido y examen minucioso. Nadie ha despreciado el pensamiento promotor del Sr. Moret, aunque, como á toda reforma en embrión, se le han señalado defectos que indiscutiblemente tiene. Pero bueno es comenzar.

Nosotros haremos sobre el tal proyecto de ley algunas ligeras indicaciones que nos sugiere nuestra humilde opinión.

Ante todo, hemos de dirigir nuestras miradas al elemento que integra esta cuestión, al contingente y á la masa del pueblo. El tedio con que éste mira todo lo que se relaciona con los asuntos públicos y con la política en general, fundándose en una desconfianza funesta y en un escepticismo terriblemente pernicioso, es rémora incontrastable y difícil de vencer para llevar á término feliz la consecución de esta reforma.

El *cui prodest* encuentra su mayor fuerza y estriba su triunfo en ese indiferentismo de las masas populares, que sólo saben quejarse en silencio de los males que originan su propia apatía y su inerte pasividad. Pero este contagio de muerte aún hay esperanzas de poderlo disipar radicalmente, aunque no es obra de un solo día, y para ello se han de buscar medios que contrarresten su influjo preponderante. Comiéncese dictando un decreto saludable y visiblemente efectivo, y cuando el pueblo mire renacer sus legítimos derechos y franquicias con el apoyo y el reclamo de los altos poderes, recobrará la plenitud de su vida jurídica y sacudirá la inercia que le posterga.

Creado este medio ambiente confiado y activo, el sufragio universal volverá á su ser con toda la verdad y toda la moralidad de que hoy carece, y el censo electoral alcanzará incremento y número, regularizándose con esto la existencia constitucional de nuestra nación.

El Sr. Moret ha planteado bien su proyecto y lo ha des-

arrollado con amplitud. Las bases que lo constituyen abarcan íntegramente todos los puntos capitales que puede entrañar un régimen municipal bien organizado. La materia está bien planteada en conjunto, pero analíticamente no guarda la misma armonía.

La *base primera*, dedicada á los «Ayuntamientos y términos municipales en general», viene á ser los preliminares fundamentales de la reforma. La asignación proporcional del número de concejales con la densidad del vecindario, parece bien precisada. Esta proporción en su límite mínimo es de un concejal por cada 249.875 habitantes, y en su máximo, un concejal por cada 1.666,68333... habitantes, ó, dicho de otra manera, relativamente más representación en las pequeñas poblaciones que en las grandes. ¿Por qué esta diferencia proporcional? es lo que cabe preguntar después de esta consideración. ¿Acaso las poblaciones de más corto vecindario que, por regla general reúnen menos elementos de cultura, han de aportar mayor número de representantes para que vengan á contrastar esta carencia de progreso? No creemos que esta sea la razón, pues es una pequeñez que tal vez carece de exactitud. Desconocemos á punto fijo el motivo que el Sr. Ministro de la Gobernación haya tenido para hacerlo así; pero únicamente se explica con la idea de una tendencia regularizadora.

La *base segunda*, sobre las «Uniones municipales ó mancomunidades», la juzgamos acertadísima y de un gran sentido práctico. Su establecimiento obedece á crear facilidades económicas en los distritos limítrofes y en las regiones vecinas, que proporcionen eficazmente la implantación de mejoras y progresos en su orden moral y material. Si nuestro pensamiento no fuera pasar de corrido este proyecto de reforma, nos detendríamos en este punto, indicando algunas minuciosidades.

La *base tercera*, que se refiere á los «Ayuntamientos», contiene tres puntos esenciales: Primero, personalidad de los Ayuntamientos, sus facultades y jurisdicción. Segundo, elección y composición de los Ayuntamientos. Tercero, modo de funcionar de los Ayuntamientos.

El punto primero, por el que se reconoce á los Ayuntamientos como personas jurídicas completas, proporciona á la reforma un espíritu extensivo y una amplitud beneficiosa.

El punto segundo introduce una modificación altamente favorable para armonizar los elementos sociales con los Municipios, que el obrero sea elegible, cosa apetecida por todos como instrumento amigable y componedor, apto para dirimir las contiendas que puedan surgir entre ambas entidades. Pero aquí hay un gran defecto, que no ha sabido enmendar el espíritu timorato del Sr. Moret: la desigualdad de elección, que quebranta la ley de sufragio. Este es un punto muy capital que no admite medias tintas. El proletario no puede ver con buenos ojos los privilegios políticos, y nunca ha de avenirse á esas preferencias. Si el Sr. Ministro de la Gobernación se limita á hacer con esto un ensayo, se engaña, pues sólo obtendrá efectos contraproducentes.

El punto tercero no es menos importante, puesto que tiende á destruir esos Congresillos concejiles rebosantes de intrigas, de pasiones y de pequeñeces, donde se critica y se politiquea, sin sacar nada útil y provechoso. El resumir las sesiones municipales á dos *reuniones anuales*, hechas las salvedades que aconseja la prudencia, á eso conduce.

NOTAS FINANCIERAS

La Hacienda en el Parlamento

EL "AFFIDAVIT",

Al fin fué un hecho la presentación del proyecto de ley á las Cortes, redactado por el Sr. Rodríguez, acerca de la supresión del *affidavit*.

Conferenciar ante el lector sobre este tema sería perder el tiempo, factor que en los asuntos financieros suele ser acaso el primero y más importante, pero sí formularemos algunas consideraciones que dicho tema nos sugiere.

Affidavit sabido es que quiere decir prohibición, *veto*, y en este sentido se emplea el vocablo en un tecnicismo económico que, dados los *barbarismos* que corrompen y corroen nuestro idioma, no tardarán en dar lugar á un verbo tan estrambótico como el de *affidaviar* ú otro análogo, que sólo querrá expresar la idea de prohibir en el mundo de los negocios, es decir, circunscribiendo y concretando la prohibición al terreno práctico de la vida financiera.

Con el nombre, pues, exótico de *affidavit*, se designó aquí en España la prohibición—por antonomasia—que se hacía de que el poseedor de títulos ó cupones de la Deuda exterior cuya nacionalidad fuese la española, pudiese percibir en oro—estuviese á como estuviese en el mercado

universal—, la cantidad correspondiente al percibimiento de los intereses de aquélla.

Como la deuda era la misma y había que subdividirla, esta es la palabra, en dos clases distintas, según que estuviese en poder de españoles ó de extranjeros, que eran los que continuaban disfrutando el derecho de cobrar en oro sus intereses, se hizo necesario poder distinguir unos títulos de otros, según que perteneciesen á una de las dos clases de poseedores, y de aquí el que unos títulos fuesen marcados con estampilla y otros no.

Resultaba, dada la subida de los cambios, que teniendo legalmente á lo consignado en el título que cobrar no más que un 4 por 100 de intereses, como éstos eran pagaderos necesariamente en oro ó francos, y cuando esto no se hacía se abonaba la diferencia á pesetas, que el interés que el particular podía calcular y asignar á esta renta era el de un 6 á 7 por 100, rédito superior á otros muchos negocios, y diferencia que á su cuenta y riesgo satisfacía manestamente el Erario español.

Pero bien dice un adagio que hecha la ley, hecha la trampa, porque bastó que en la disposición que establecía el *affidavit* se consignase que los propios interesados serían quienes hiciesen la declaración de si eran ó no eran extranjeros, para que la mayoría de los tenedores de esta



GUATEMALA.—Palacio del Ayuntamiento de Quetzaltenango

clase de papel simulasen que no eran compatriotas nuestros, domiciliando los cobros de intereses en poblaciones extranjeras, y hasta haciendo pasar sus títulos como de la propiedad de extranjeros.

El *affidavit*, en tal forma establecido, no dejaba de ser más que un terrible y ridículo atentado, á un mismo tiempo, contra muy respetables intereses, y su mayor ridiculez dependía precisamente del marcadísimo carácter que de innominada, esto es, AL PORTADOR tenía, y sigue teniendo la renta referida, sin embargo del cual se la sometía y supeditaba á una declaración tan personalísima, como la de manifestar su propietario nacionalidad de éste y lugar donde había de percibir los intereses que su capital devengara.

Este fué un error gravísimo de nuestros Ministros de Hacienda en el desempeño de cuyo cargo turnaron liberales y conservadores, y bajo bases tan tontas, el pretendido remedio tenía necesariamente que resultar una completa estulticia.

Tan así fué, que hubo momentos en que llegó á resultar contraproducente de veras, y días en los que los cambios, con gran desprestigio de nuestro crédito, se elevaron á un doble de lo que antes de establecerse el *affidavit* habían acusado en sus cotizaciones. Hubo, pues, necesidad de rectificar aquella medida, y para ello se creó un valor especial, que fué el papel denominado mercantil, merced al cual nuestros agricultores, industriales y comerciantes, podían situar el valor necesario á sus giros en el extranjero.

Poco tardó en caer en poder de los agiotistas aquel medio industrial, y la situación financiera de España, lejos de mejorar, empeoró de día en día, y los comerciantes, que son quienes más que nadie y antes que ningún otro sienten las oscilaciones del crédito nacional por razón de sus compras y ventas en el extranjero, tuvieron que gravar sus mercaderías.

El final del asunto es el de que el pretendido remedio fué un mal, y que ahora quedará cortado con la proyectada supresión del explicado *affidavit*.

Séale la tierra ligera y no vuelva á perjudicar á los rentistas y, sobre todo, á industriales, comerciantes, ganaderos y productores, que son los verdaderos *rentistas* que *rentan* á la Nación.

HUÉSPEDES ILUSTRES

D. Norberto Quirno Costa.

Hace pocos días tuvimos el honor de contar entre nuestros más ilustres huéspedes, al insigne hombre público D. Norberto Quirno y Costa, Vicepresidente de la República Argentina y, por lo tanto, Presidente de la Alta Cámara de aquella Nación, en donde, como es sabido, la constitución del Estado asigna y considera como anejo al cargo de segundo magistrado de la República, el de Presidente de las asambleas del Senado.

Es el Sr. Quirno, además de uno de los políticos más eminentes del floreciente país del Plata, notable escritor y publicista, siendo su nombre muy conocido y estimado en toda Europa, donde se le admira como en todas las Repúblicas hispano-americanas como un orador y escritor elocuente y castizo que ha sabido mantener allende los mares, como condensándolos en un eco admirable, los acentos de los clásicos y maestros en el decir del idioma de Cervantes, á pesar de la irrupción de los giros y locuciones francesas, sajonas y norteamericanas.

La posición política que el Sr. Quirno ocupa actualmente en su país, es en verdad envidiable, tanto más cuanto que á ella le han llevado tan sólo sus propios méritos y su talento, siendo su historia y sus antecedentes políticos conocidos desde hace mucho tiempo, pues no es una carrera de la índole de lo bien cimentada que lo está la del señor Quirno, de las que se improvisan ni se hacen en pocos momentos.

Ha sido Embajador y representante de su país en Chile, y de su talento y habilidad pudieran responder muchos negocios llevados por él á felices arreglos, prestando verdaderos servicios á su Nación, por cierto en épocas bien difíciles para ella, revelándose como excelente diplomático durante el desempeño de su importante y delicada misión.

En legislaturas anteriores á la que actualmente rige en aquel país, fué en dos distintas ocasiones Ministro de Relaciones Exteriores, afianzándose entonces su fama y renombre de persona competentísima en asuntos y cuestiones diplomáticas.

Hállase afiliado al partido autonomista nacional que reconoce y aclama como á su Jefe indiscutible, al general D. Julio Roca, en cuya agrupación política el Sr. Quirno viene ocupando un lugar en verdad preeminente y envidiable, hasta el punto de que se le señale como uno de los directores de aquella fracción que bien pudiera llegar á regentar.

Elevado á la Presidencia de la República Argentina el Sr. Roca, resultó elegido el Sr. Quirno Costa para la Vicepresidencia, cargo que incluye el de Vicepresidente del Senado.

De sus impresiones en su viaje á España, nosotros obtenemos una que no puede resultarnos más halagüeña.

Refiriéndose á la emigración de españoles á la Argentina, manifestó que en primer término los *agricultores* deberían de ser quienes allá emigrasen, por tener en las exuberantes y fértiles *pampas* de aquellas regiones, ancho y provechoso campo para su actividad, conviniendo, sin embargo, auxiliarlos, constituyendo colonias patrocinadas por las Sociedades y Corporaciones españolas establecidas en la República del Plata, tan entusiastas y decididas á prestar todo apoyo que redunde en favor de sus compatriotas, ya que el Estado argentino se ocupa en proporcionar cuantas tierras, útiles de labranza y semillas son necesarias á los labradores.

Respecto á otros oficios, el llamado «obrero de levita» es el que se encuentra en peor situación. «¡Han acudido tantos!»—exclama el Sr. Quirno.

Opina que el arreglo diplomático de su Nación con la chilena, será firme y duradero, opinión que es mucho más importante, pues el Sr. Quirno Costa fué perito para la demarcación de límites entre ambos Estados cuando estuvieron á punto de declararse la guerra.

En cuanto al tratado de comercio con España, mostróse muy reservado, añadiendo que ahora se limitaba á recoger impresiones y apuntes para cuando en Mayo regrese á Buenos Aires y estén abiertas las Cortes, hacer cuanto le sea posible por la realización de las aspiraciones de España y la Argentina.

Al enviar hoy un cariñoso y efusivo saludo al insigne Presidente del Senado argentino, nuestra REVISTA cumple un deber de cortesía al mismo tiempo que satisface una espontánea aspiración de su espíritu.

Documentos parlamentarios

DISCURSO

pronunciado en el Congreso por el Excmo. Sr. D. Antonio Maura en la sesión del 5 de Noviembre de 1902.

Siento, señores Diputados, llegar en este momento al debate.

En toda ocasión me levanto á hablar con el recelo de que la espontaneidad á que tenéis derecho, y con que espero me haréis la justicia de creer que me expreso, alguna vez broten de mis labios frases que yo no quisiera nunca pronunciar; pero os aseguro que no he traído hoy semejante temor; porque, aunque tengo que decir cosas desfavorables para el Gobierno, no hay en mí la intención, ni el menor asomo de deseo de lastimar á nadie, ni acostumbro á lastimar personalmente jamás á mis adversarios. Así y todo, y en previsión de que el incidente que se ha producido en la Cámara, la tensión de los ánimos y el estado de los nervios pudiera contribuir á una cosa contra la que estoy siempre prevenido de antemano, digo cuál es mi intención.

La sesión de ayer nos obligaba á todos á hablar, pero yo debo sinceramente decir que no data de ayer mi compromiso; estoy en falta, de la cual tengo que acusarme, en varias faltas, porque no solamente dejé de recoger á tiempo la alusión cariñosa y benévola de mi amigo particular el Sr. Romero Robledo, sino que, cuando de una manera brusca terminó aquel debate, debo confesar que quedé descontento de mí; porque después de siete meses de interregno, en el que había ocurrido nada menos que la coronación del Rey, una crisis, tal como la salida del señor Canalejas del Ministerio, y ese viaje, que da motivo, ya lo estáis viendo, á advertir en el Gobierno, ahora que pasea á la luz del sol, señales cutáneas de la dolencia que lo corroe y mata; todo eso ofrece motivo sobrado para hablar y discutir; y sin embargo, callé y callasteis todos; ¿y por qué callasteis?

Yo no sé si examinados estos hechos hallaréis disculpa para mi silencio, pues confío en que nadie pueda explicarlo por móviles mezquinos é inverosímiles de desconsideración á personas á quienes siempre se han guardado en esta casa por todo el mundo las mayores consideraciones. No me lo explico tampoco porque haya pasado la moda de la retórica, porque eso aconsejaría la sobriedad, pero no suprimiría el debate. ¿Por qué será? Yo creo que es porque la realidad pesa más que todas las apariencias, y en realidad sucedían aquí dos cosas que paralelamente engendraban aquel silencio, porque el primer deber de un Parlamento, al reanudarse las sesiones, era examinar el interregno, y sin embargo no lo hizo; ¿por qué? Porque, señores, aquí están cabales en número, competentemente nombrados los señores Ministros, aquí están sentados en estos escaños, no todas, porque faltan algunas, no las olvidamos por su ausencia, pero con contadas excepciones, casi todas las personalidades que, por su intervención en la política y por su influencia social, constituyen la oligarquía intelectual del país. El Congreso está constituido, allí está el prócer que hemos elevado á la Presidencia, detrás están los maceros y los taquígrafos en su sitio; y, sin embargo, tenemos la conciencia de que esto no es un Parlamento, y no aludo á los vicios originarios de las elecciones, porque aunque tengo juzgadas las últimas, soy bastante imparcial para conocer que entre ellas y otras no hay gran diferencia.

Yo digo que esto no es un Parlamento, porque el Parlamento no lo forman las oligarquías intelectuales y políticas del país, como no integran mi cuerpo los ingredientes

simples que lo han de componer, mientras no venga el aliento vital que lo ha de animar; y un Parlamento no existe sin un Gobierno, y un Gobierno no es una colección de Ministros, cualesquiera que sean sus personas y su nombradía, mientras no tengan un programa de gobierno definido, estimación en el crédito público y el asentimiento y la confianza general de que tiene medios para la gobernación del Estado.

Para eso está organizado el Parlamento, para combatir y para sostener, y cuando no hay esta confianza, cuando no hay nada que combatir, nada que sostener, el brazo desfallece, la antorcha se apaga, el tedio invade este recinto y lo enmudece. Esto era lo que pasaba aquí; y sucedía otra cosa á que aludía el Sr. Ministro de la Gobernación la otra tarde cuando hablaba de relaciones, de compenetraciones de la tribuna parlamentaria con la opinión exterior; y es que en efecto ha existido durante todo el verano y en este otoño y cada día más, una opinión exterior, una deplorable, una tristísima opinión exterior que nos preocupa á todos los que, no obstante ser adversarios, procuramos no perder la serenidad para no dejar de ser justos. Y anda por las plazuelas y por todos los círculos donde se reúne la gente el comentario de las gestas y las picarescas historias de cada uno de los Ministerios, y en esto soy yo bastante leal para decir que de antemano tengo por averiguado que habrá mucha maledicencia. ¿De cuándo acá no se ha levantado la calumnia contra los que mandan? Es polilla que la púrpura atrae, como la luz á la mariposa; pero esa polilla se quema cuando al llegar á los que tienen el cetro en la mano, se encuentra con la irradiación de un prestigio sólidamente establecido. (*Muy bien.*)

Lo grave no es que nazca la calumnia, lo grave no son las emanaciones de la ciénaga de abajo; lo grave es que eso corra y circule, es que eso penetre en las masas sociales de la manera que está penetrando y que ha penetrado ya, porque eso revela que no tenéis la autoridad necesaria para ejercer el poder. Yo, al calumniado, le considero, siendo calumniado, más digno de estima que antes de padecer la calumnia; pero digo que para ejercer la autoridad no basta eso; porque la autoridad es una sugestión espiritual sobre cada uno de los súbditos, que introduce en su ánimo la apreciación de la rectitud del acto y le atrae á la obediencia, y eso no se substituye, porque después de eso no hay más que la fuerza y la coacción, y con coacciones y con fuerza no se rige á los pueblos, como no se rige á las familias con los Códigos, sino con el afecto y el cariño que impone á las personas la sumisión antes que el mandato. (*Grandes aplausos en las minorías gacista y conservadora.*)

Pues por la misma causa que me hizo decir antes que aun estando en el banco azul nueve dignos señores, aun estando aquí casi todas las personalidades que tienen derecho á deliberar públicamente sobre los asuntos del país, aquí no hay un Parlamento, porque ese Gobierno no tiene mandato, no tiene significado, no tiene nada que hacer y su inacción produce el estrago físico del estancamiento del agua; por la misma razón adelanto una cosa todavía porque tengo que alegar algo que á mí solo ó casi solo me incumbe, y es que todo esto que pasa á mí no me sorprende, porque todo eso lo tengo dicho, lo tengo anunciado desde la crisis de Marzo de 1901; porque ese Gobierno no podía resultar otra cosa; porque no tenía que hacer más que lo

que hace; porque es el fruto de aquella semilla, y no es hora de vituperar las raíces y los troncos cuando el otoño quita las hojas y las ramas se inclinan con el peso del fruto emponzoñado (*Muy bien.*)

Vosotros sois lo que debíais ser. Ya os lo han dicho: morís como nacisteis. No podíais venir á otra cosa ni hacer otra cosa, porque teníais un compromiso que no pensábais cumplir, que no podéis cumplir. Os lo decía ayer el Sr. Canalejas, aunque no con estas palabras, acaso no con estos matices; pero con el mismo fondo esencial. Una sola cosa nueva ha habido, y es la ocasión que se ha presentado para poner á prueba el temple y la consistencia del organismo ministerial al emprender S. M. el Rey los viajes del verano. No temáis que yo discuta ninguno de los episodios de esos viajes. Los que han podido averiguarse, discutidos están, y de aquellos que yo no sé, no quiero hablar, porque no tengo actas notariales y, no teniéndolas, es mejor callar. (*Risas.*)

Ya no me preocupo más que de una cosa, y esa no la negaremos discutiendo como discutimos todos aquí, con entera sinceridad, y es el fenómeno, el hecho de que las gentes de todos los colores, de la mayor parte de los colores, porque algún color hemos de dejarle al Gobierno (*Risas*), están inquietas, están desasosegadas, están preocupadas de si resultan en los comienzos del reinado de D. Alfonso XIII suficientemente guardadas en toda su integridad las prerrogativas que ha menester el poder ministerial y si alguna pieza de ese vidrioso organismo constitucional se ha deformado, y si esa deformidad puede producir algún día alguna rotura lamentable. Pues yo os digo que esa desconfianza es prima hermana de aquellos otros fenómenos políticos á que antes me referí, porque si estuvieran en el Ministerio una agrupación de hombres formando un Gabinete que tuviera una misión política y que representase junto al Trono una aspiración nacional que á unos les pareciera buena y á otros, naturalmente, les pareciera mala, pero que fuera perfectamente definida y llevada por camino de ejecución, entonces, como los Ministros representarían en Palacio una cosa que está fuera de Palacio, y que es el contacto de la Corona con la Nación, todos sabríamos que la máquina funcionaba, que todas las ruedas estaban perfectamente redondas, puesto que andaba la máquina; pero como vosotros no lleváis nada de eso á Palacio, no os engañéis: para el pueblo sois unos cortesanos temporeros (*Risas*), porque no existís más que por la voluntad de la Corona, porque no representáis política ninguna.

Ya lo véis; no sé si habrá aquí alguna persona experimentada en la política que no lo crea; yo, como lo creo, lo voy á decir, y es, que la esterilidad de estas Cortes es cosa juzgada. Recordad la sesión de ayer, aunque no recordéis la sesión de hoy. Yo llevo tantos años en discutir estas cosas y tantas veces me he oído motejar de vehemente y de amigo de las vehemencias que, claro es, no quiero ahora hablar de mi manera de entender la acción del Gobierno en la normalidad, en las circunstancias de todos los días. Dos cosas quiero recordaros, invitándoos á que reflexionéis sobre ellas, y la primera es, que después del año 1898, que no quiero remontar más mis recuerdos, entendía yo, y lo he dicho muchas veces, que era una obligación sacratísima de todos los que tuvieran alguna intervención en el ejercicio del poder, procurar que en el abatimiento de aquel gran desastre, se empalmase, se enlazase con el recuerdo de la perdida grandeza el movimiento de reacción interior que afirmase la personalidad, que ante el mundo demostrase que no quería España perecer, que no quería ser más desmembrada, que afirmaba su existencia y su porvenir, y para eso era menester emprender vigorosamente obra de enmienda y de reparación. ¿Qué habéis hecho? Ya lo véis; ahí están, para que conste bien, el mismo sistema con las mismas personas, teniendo que discutir las mismas cosas que antes de 1898 discutíamos.

Habíase causado con todo ello, y muchas veces lo hemos discutido también como males fundamentales de la política española, según mi pobre concepto, un divorcio lamentable, permanente y total, entre gobernantes y gobernados, divorcio que no evitaban las mesnadas políticas

que con nombre de partido ejercen la autoridad y el mando; y se presentaba afortunadamente una ocasión favorable como el advenimiento de nuevo Rey; porque hay una psicología de las muchedumbres, que ha de ser enseñanza primordial de la historia para los políticos, y todos sabemos cuán fugaces, cuán tornadizos, y por lo mismo, qué preciosos son los instantes en que el espíritu nacional se asocia á algún impulso, á algún movimiento; y al instante en que vino el reinado de Alfonso XIII á hacerse efectivo, era un instante precioso para esos efectos. Ya lo oísteis; el Sr. Presidente del Consejo de Ministros, con mucha razón decía que los pueblos han saludado al nuevo Rey como una esperanza, que le han recibido con entusiasmo y con júbilo. Y, ¿quién no saluda con júbilo la alborada? ¿quién de vosotros no habrá velado á la cabecera de un enfermo, y no recordará que aunque el enfermo no mejorase, con sólo amanecer alentaba nuestro espíritu? Sí; cada claridad del nuevo día es una promesa, y cada rumor es una esperanza; y en esa hora en que el pueblo español todo se lo prometía del nuevo Rey, ¿ha de estar condenado á ver esa esperanza á través de las grietas de un panteón ó de las claraboyas de un pudridero?

Se perdió la ocasión, se perdió la oportunidad de aplicar las reformas de Cuba, como se perdió la de evitar la guerra con los Estados Unidos, y se ha perdido ahora la oportunidad de restablecer el contacto entre gobernantes y gobernados. En mi juicio, cada día que pasa es una tremenda responsabilidad. Nosotros pedíamos fuera de las Cortes, la apertura de las Cortes, para que si el Gobierno pudiera hacer algo lo hiciera, y si no tenía que hacer nada, se retirase para no estorbar la realización de lo que la Nación necesita.

Pesa sobre mí y reclama mi atención el recuerdo de la sesión de ayer. En la sesión de ayer, inolvidable, por muchos títulos inolvidable, difícil es que un discurso del señor Canalejas marque un jalón de su elocuencia, y que podamos decir que añade un nuevo timbre á los recuerdos gloriosos de su vida parlamentaria; pero hay que reconocer, y lo he reconocido de todos modos, que S. S. ayer, en el rigor de pensamiento, en su encadenamiento lógico, en la sinceridad de su palabra, válgame la frase vulgar que á estos casos se aplica, se sobrepujo á sí mismo.

Y digo otro tanto del Sr. Presidente del Consejo. ¿Cuándo se le ha visto al Sr. Presidente del Consejo de Ministros más sagaz, más dialécticamente pérfido, más eficaz, más insinuante, más vigoroso que ayer? Felicísimo en todas las ocasiones en que usó de la palabra. (*El Sr. Presidente del Consejo de Ministros: Pero no pérfido.*) En la dialéctica, he dicho; si no le gusta á S. S. le llamaré como guste: riojano. (*Risas.*)

Yo no quiero molestar nunca á S. S. ni á nadie. Iba á decir que yo presencié, con grandísima complacencia, el reverdecimiento de las energías de S. S. Pero lo malo es que los dos tenían razón. Porque tenía razón el Sr. Sagasta, y claro está que yo no hablo sino de mi pobre juicio; tenía razón el Sr. Sagasta, cuando decía al Sr. Canalejas: ¡Ah! S. S. ha estado muchos años en el partido liberal, y sabe que el partido liberal, que es democrático, no ha sido nunca radical, como S. S. quiere hacerle. Y yo decía: Eso es verdad; ¡como que yo he vivido ahí veinte años; y no me he mudado aunque me he quitado el uniforme! (*Risas.*) Pero tenía razón también el Sr. Canalejas, cuando decía al Sr. Sagasta: ¿Pero S. S. no se acuerda de la primavera radical que ha tenido este año? (*Grandes risas.*) Sí; porque á la hora en que la savia conmueve todas las plantas y se enardece la sangre de todos los seres organizados, resultó que el Sr. Sagasta fué radical sin saberlo, y lo fué ante notario. (*Grandes risas.*)

Yo de todo saqué en limpio que el tiempo dirá quién tiene razón; pero que, por de pronto, la hueste con que el Ministerio contaba cuando nos separamos, está partida en dos, y que sobre todas las muchas dificultades que para realizar la obra que el país demanda encuentra el Gobierno en sí mismo y sobre las que pudiera encontrar en las oposiciones, esa división aumenta tanto la dificultad, que la esterilidad de ese Gobierno puede declararse definitiva.

El Sr. Canalejas es una afirmación, y una afirmación

clara y sincera; pero digo yo al Sr. Canalejas: Su señoría no dudará que los justos, sinceros, sentidos elogios que yo hago á su sinceridad, á su virilidad, á su elocuencia en la discusión de ayer, no significan, y me importa que conste para todo el mundo, que yo esté menos enfrente de la significación de S. S. de lo que estaba antes. Ya sabéis, y lo sabe bien S. S., que yo veo con repulsión ese radicalismo anticlerical, que á mí me parece la negación radical á su vez de la libertad que he profesado toda mi vida, y en cuya fe no he decaído; que á mí me parece uno de los dos fanatismos, igualmente execrable el uno que el otro; pareciéndome que la primera obligación del gobernante español, es permanecer equidistante de ambos extremos, para imponer á todos el respeto á los derechos de los demás é impedir que por parte de ningún ciudadano se viole el respeto á su adversario en creencias filosóficas ó de religión; que yo considero que no hay mayor germen de guerra civil, ni más disculpa para las luchas facciosas que han ensangrentado al país durante un siglo, haciendo que nuestra nación quede rezagada á enorme distancia de otras naciones de Europa, que ese género de ataques y agresiones, que son la negación de las ideas que hemos profesado durante tantos años; que yo creo que por grande que sea, y es grandísima la elocuencia del Sr. Canalejas, no logrará que entiendan las gentes cosas que yo mismo, y me permitiréis la vanidad de creer que estoy un poco por encima del nivel vulgar, no acierto á distinguir, á saber: cómo se salva el respeto al sentimiento religioso del país, con esa campaña de hostilidad en que se quiere hacer intervenir al Estado en la vida social, y cómo se quiere perturbar la expansión y la evolución de la vida social con el imperio, con la fuerza, con el derecho y con los recursos de que el Estado dispone.

Yo no acierto á ligar eso; así como yo creo que no hay democracia sin ciudadanos, ni ciudadano sin una personalidad íntegra, ni vida íntegra de la personalidad humana sin una vida religiosa, yo deploro como un gran duelo para la libertad la significación del Sr. Canalejas. Yo creo, además, que en España lo que está más atrasado es la educación política, porque es, en efecto, de suyo lo más difícil, el respeto del ciudadano á través de las diferencias de confesión religiosa, y la dificultad no es atenuada, sino agravada, cuando con ella coexiste la indiferencia de muchos para toda creencia de toda religión. Yo sé cómo está la opinión en este país en ese punto; yo he observado con regocijo que en esta parte se iba realizando algún progreso desde la época en que tenía en mis manos ese poder civil de que tanto habláis, y hube de ejercitarlo frente á las órdenes religiosas de Filipinas; yo recuerdo bien cómo fueron recibidos actos míos, de los cuales no he oído que ninguno de vosotros se atreviera á decir una palabra, y á cuyo examen os invito para cuando queráis. Yo sé cómo fué recibido aquel acto de elemental justicia que hice sentado ahí (*Señalando á los bancos ocupados por la oposición conservadora*) para evitar la expulsión de ese sitio del Sr. Morayta; yo he visto, como estamos reconociendo todos, que es menester una renovación pedagógica en este país para hacer posible la desaparición de la general ignorancia y concluir con funestos caciquismos. (*Muy bien.*)

Por eso considero que el Sr. Canalejas se equivoca, que lo que S. S. defiende es un inmenso retroceso en el camino de la libertad; pero como estoy segurísimo de la sinceridad de S. S., y no puedo creer sino que S. S. procede con la lealtad de sus convicciones, que yo respeto como respeta S. S. las mías, no escatimo mis alabanzas para S. S., pero asegurándole que siempre me encontrará enfrente, con la visera alta y la enseña desplegada. (*Muy bien.*)

Yo creo que S. S. está en esta disyuntiva: ó fracasar en el aislamiento, ó engendrar la guerra civil; esa es mi convicción, y por consecuencia de ella le digo, que con la claridad de su significación, con la honrada franqueza de su propaganda, infundirá S. S. el entusiasmo y la adhesión en sus amigos, pero también suscitará la resistencia en sus adversarios, y eso nos ayudará á la magna empresa de sacar del retraimiento egoísta y obscuro á las inmensas masas sociales que están vueltas de espaldas al Gobierno. De suerte que por mucho que sea el daño que S. S. cause,

para mí será menor, aunque sea más clamoroso, que aquella dislaceración que en el tejido social se produce, cuando en el alcázar de la autoridad se hospeda y recibe en corte el equívoco ó la mentira. (*Muy bien.*)

Y ahora he de decir algo al Sr. Romero Robledo. Su señoría me requirió; tuvo la bondad de acordarse de mí para que manifestásemos todos, y, por tanto, uno de ellos yo, lo que pensamos, para que la opinión pública y, sobre todo, el nuevo Monarca, supieran á qué atenerse. Yo reconozco, que no ya S. S., sino cualquiera de los señores Diputados, porque todos son iguales en derechos; pero, al fin y al cabo, S. S. tiene una autoridad parlamentaria que otros no han podido todavía alcanzar, tienen perfecto derecho para ello; pero me permitirá el Sr. Romero Robledo que le diga que yo creo que estoy ya de eso al cabo de la calle. Porque, yo he hablado tanto sobre todas las cosas que se han ido presentando en el Parlamento, que aunque me parece natural que la mayor parte de las gentes desconozcan lo que pienso, porque no les importa, para quien quiera saberlo la averiguación es facilísima, porque apenas hay cosa sobre la cual yo no haya dado mi opinión, y sea conocido el sentido y el espíritu con que asisto al desenvolvimiento de la historia coetánea. De manera que ratifico todo lo que he dicho, y decir que he sintetizado todo eso en aquella frase que he explicado también varias veces de que yo creo necesaria, no conveniente, no útil, sino necesaria y urgente una revolución desde el Gobierno, cambiando totalmente de conducta. Eso lo ratifico ahora, y creo que el Sr. Romero Robledo queda enterado, y no se quejará de que no le doy gusto, porque precisamente yo no quería retardar el momento de dar ese gusto á S. S. (*Risas.*)

No le importaba al Sr. Romero Robledo mucho esto, porque él mismo hizo la justicia de reconocer que yo tenía programa y que él sabía lo que yo significaba en la política española; no, lo que al Sr. Romero Robledo le traía un poco intrigado, era aquello de las rondallas, era saber si andamos el Sr. Silvela y yo en inteligencias, y cómo andaba yo de voluntad para cooperar en el Gobierno con el Sr. Silvela. ¿Verdad que es este el punto de la dificultad? (*El Sr. Romero Robledo: Sí.—Risas.*) Pues allá voy.

No extrañará á nadie que yo empiece diciendo que creo haber demostrado en mi vida pública (que no es sino muy modesta, pero al fin y al cabo, ya cuenta más de veinte años), que para mí son cosas sinónimas gobernar y realizar las ideas que uno representa y ha predicado; que ese es un postulado indefectible, porque, reconociendo que no todo lo que uno piensa se puede hacer á toda hora, cuando en las direcciones especiales del pensamiento, en las cosas que imprimen carácter, es imposible, por inoportuno, algo, y hay que hacer algo contra ello, el que está en ese banco ó no debe entrar ó debe salir del banco azul. ¿Está esto claro?

Vamos por partes. Eso de que la oportunidad tiene en política una importancia esencial, y, sin embargo, las convicciones individuales no varían según la oportunidad y según la posibilidad y las circunstancias, afectando al hecho de estar ó no estar en el Gobierno, pero sin modificar la convicción del hombre público, significa que yo no he entendido nunca, aunque lo he oído muchas veces, eso de estar siempre y á toda hora á disposición de la Corona para aceptar el Poder. Yo no; no lo he estado, ni lo estaré incondicionalmente; y no lo he estado, ni lo estaré, porque considero que esto no es lícito, porque considero que gobernar no es una francachela para la familia y los amigos, sino que es entrar por un terrible juramento en un Océano de responsabilidad ante Dios y ante los conciudadanos, y antes que aceptarlo hay que examinar si se está en condiciones de poderlo cumplir. Y eso hay que examinarlo cada vez y en cada caso, y eso he hecho yo toda mi vida; antes de ser Ministro varias veces, y después de haberlo sido, he declinado en muchas ocasiones un honor seguramente inmerecido; excuso frases, ya las podéis suponer, porque he considerado que aquellas circunstancias y aquellos momentos no me permitían gobernar según mis ideas. Esto es evidente.

Al mismo tiempo decía que yo no considero lícito, no

ya bueno ni malo, sino lícito, estar en la política; intervenir en la política activa; estar censurando al Gobierno; estar predicando dentro y fuera del Parlamento, y no estar dispuesto á realizar en la ocasión oportuna, en el Gobierno, aquello que se ha predicado; y, por lo tanto, yo estoy obligado en cualquier momento en que en conciencia crea que la política se encuentra en condiciones de emprender la obra, á ir ahí, cueste lo que cueste, agrádeme ó no me agrade, convéngame ó no me converga.

Creo que esta agrupación política, con cada uno de cuyos individuos me liga un afecto demasiado vivo, para que no esté mal en mis labios la alabanza, puede prescindir de ella, habiendo vivido como ha vivido, y llevando los años que lleva á la intemperie y cuesta arriba.

De manera que nosotros, no con retórica, no con palabras, sino con obras y largos años, tenemos derecho á que se crea en la sinceridad de nuestras palabras. Si no hubiéramos tenido la fortuna de que, viviendo como hemos vivido, se nos creyera, yo no apelaría de la sentencia, y menos apelaría con retórica, ó me enmendaría, ó me retiraría. Pero yo, con un discurso más, no voy á ganar crédito, ni á merecer confianza que no haya merecido por mis actos en veinte años de vida pública.

No he de enumerar las ocasiones en que he aplicado prácticamente este criterio que os acabo de exponer. Datan algunas de catorce años, me parece, de muchos años, y otras datan de los meses pasados, en que he creído que debía rehusar ó que no debía aceptar honor de formar parte de un Gobierno, con arreglo á estos cánones, que son los fundamentales de mi doctrina política.

Luego, después de hecho irrevocable y perpetuo nuestro divorcio con el Sr. Sagasta, llegó un día en que mandaba el Sr. Silvela, y con el Sr. Silvela, colocado yo en el sitio que él ahora ocupa, tuvimos, en el curso de varios meses, una serie de discusiones que se cifraban en esto. El Sr. Silvela entendía que debía dedicar la acción del Gobierno á la obra de la Hacienda, que estaba principalmente encargada al Sr. Fernández Villaverde, á quien él sostuvo con la tenacidad que recordará todo el mundo y que yo creo que constituirá uno de los timbres de honor para el Sr. Silvela, como jefe de Gobierno. Nosotros, con más vehemencia yo que nadie, vehemencia que se me ha reprochado muchas veces y que no es más que la exteriorización de un convencimiento muy arraigado, discutía con el Sr. Silvela lo que yo creía que era un error de S. S. Yo entendía que simultáneamente, con la misma urgencia, era menester emprender la reforma de la Administración de los servicios y de los procedimientos de Administración y de gobierno. Yo sigo creyendo, como es natural, que estaba en lo cierto. El Sr. Silvela, recientemente ha tenido ocasión de decirme que él todavía no había variado de opinión. Perfectamente. Ese es un examen de lo pasado, y yo creo que habría sido mejor que el Sr. Silvela emprendiese ese camino.

Ahora, después de este paréntesis, después de esta laguna, nos encontramos con que el Sr. Silvela está conforme con todo lo que yo creo que es menester hacer y con que yo estoy conforme con todo lo que el Sr. Silvela cree que es menester hacer; lo cual no significa que yo haya pedido nunca al Sr. Silvela que haga la más mínima modificación en su significación política, ni que el Sr. Silvela me haya pedido á mí que haga la más pequeña modificación en la mía. Al contrario, á causa de la que yo tengo es por lo que él ha creído, ó ha tenido la bondad de creer, que así como yo entendía que era necesario el concurso del partido conservador para realizar la obra, él ha juzgado que puede servir también mi concurso. Y yo le he dicho

al Sr. Silvela que no tenía nada que hacer ni que examinar ni que pactar, sino que para eso mis amigos y yo estábamos á su disposición, sin más que una reserva, la de examinar si él llegaba al Gobierno en oportunidad y en condiciones de que esa política se pudiera hacer, porque si no se pudiera hacer, entendíamos que no podríamos ir con nadie al Gobierno. ¿Es esto claro? (*El Sr. Romero Robledo:* Para mí, sí; para la gente, no.—*Risas.*) Siendo claro para el Sr. Romero Robledo, ¿qué más necesito yo? Su señoría lo explicará. (*Grandes risas.*) Esto es lo que dije al Sr. Silvela, y ahora, públicamente lo ratifico, y eso se lo había dicho para mí, y creo que para muchos otros, él inolvidable jefe que Dios nos arrebató hace ahora un año, cuando el Sr. Silvela estaba en el Gobierno, y si el señor Silvela hubiera emprendido aquella dirección en el escalonamiento y ordenamiento de las obras que nosotros pedíamos, habría obtenido nuestro concurso. Esto lo tengo dicho yo en discursos que he pronunciado por ahí, y me alegro que asienta el Sr. Romero Robledo, que tiene buena memoria.

Yo, al Sr. Silvela no he creído necesario decirle más que esto, porque sé que el Sr. Silvela me conoce hace muchos años y está seguro de mi lealtad, como yo lo estoy de la suya, y no se nos ha ocurrido firmar ningún documento, ninguna escritura, ni aun antes de haber visto, como ayer se vió, para qué sirven las escrituras. (*Risas.*) Porque entiendo yo que esa no es materia de contrato; que estas cosas de la política se determinan por preceptos categóricos de la conciencia; que se debe hacer todo lo que se pueda, para el bien público, no menos de lo que se pueda; que no se debe prometer más de lo que se pueda y que sería inútil pactar estas cosas. Yo, ahora, tengo la convicción honrada, y á mi costa, la voluntad resuelta de ir á la obra, porque creo que se puede y porque creo que se debe; si algún día creyera que no se podía, yo procedería según mi conciencia, y de lo que hiciese, ahí están el país y la Corona para juzgarlo. (*Muy bien en la minoría conservadora.*)

En otro orden, de seguro que yo no diré, ni se lo he oído decir nunca al Sr. Silvela, que tengamos en nuestra mano el remedio inmediato para todos los males. Nosotros no prometemos, como el Sr. Sagasta en Oviedo, economías por cientos de millones, ni regalamos cien millones sobrantes para obras públicas. Nosotros no decimos eso; nosotros no podemos decir más que una cosa: que si llega el caso y hay que cumplir esta determinación de la voluntad, se procurará cumplir con el deber; que el que no crea en eso, no nos otorgue su confianza; que yo no puedo prometer más que proceder como he procedido siempre; que yo soy como he sido toda mi vida, y que se hará lo que se pueda; pero todo lo que yo pueda, que todo lo que pueda el partido conservador, que todo lo que pueda cualquier otra fuerza que se nos agregue, fracasará si no se logra sacar del retraimiento á la inmensa masa social que está apartada de la vida pública, y que está vuelta de espaldas á los partidos; que no depende de nosotros solamente; que nosotros podremos dar el ejemplo del sacrificio y de la abnegación, pero que es menester traer al contacto del poder público esa inmensa masa de fuerza social que está desengañada, haviéndose, irritada, que es hostil á los Gobiernos y á los partidos; que esa es una obra ardua, áspera, una obra difícil, que en esa obra hay que perecer ó prevalecer, y á eso es á lo que S. S. y yo estamos dispuestos. ¿Está claro? Yo no sé aclararlo más por ahora.

HE DICHO.

(*Grandes aplausos en las minorías conservadora y gamacista.*)



HOMBRES ILUSTRES

SR. D. ELEUTERIO DELGADO

En este país donde todos se creen con derecho á entender con una competencia que asombra y aun con cierto privilegio, á su favor, para intervenir y dictaminar en las diversas cuestiones económicas, siquiera de ellas no hayan entendido nunca gran cosa, constituye realmente una *rara avis* que haya quien habiendo logrado gran experiencia en este género de cuestiones, lejos de hacer alarde de su competencia reconocida dentro y fuera de España, sea un financiero completo y absoluto.

Las ciencias y los estudios económicos absorbieron desde sus primeros años la atención de este ilustre hacendista, y hoy sería sumamente difícil encontrarle otro igual, ni siquiera análogo, en lo que á las prácticas aplicaciones de la ciencia del cálculo se refieren.

El, y sólo él, ha prejuzgado, no con la clarividencia que da un prejuicio ó un presentimiento, infinidad de problemas de índole económica, sino con la absoluta seguridad que da la práctica, la experiencia y la debida aplicación de las ciencias de los números.

Integérrimo, probo, consecuente, su credo político, si es que alguna vez pudo ser político, en la acepción usual de la palabra el hombre de ciencia, fué el de saber hermanar los intereses públicos y el bien de la Nación con los intereses particulares que en algunas ocasiones se le confiaron, y por cierto de gran importancia.

Director general de la Compañía Arrendataria de Tabacos, hizo subir la renta hasta más del doble de lo que venía obteniéndose y, sin embargo, no llegó jamás á forzar ninguno de los múltiples resortes de que una personalidad tan hábil y conocedora de estos recursos podía haber echado mano.

D. Eleuterio Delgado toma actualmente asiento en el Congreso de los Diputados representando á uno de los distritos más importantes de la provincia de Lugo, el de Vivero, donde cuenta con grandes y generales simpatías.

Jefe activo y pundonoroso, el Sr. Delgado ha dejado siempre inolvidable recuerdo entre sus subordinados, á quienes en todas ocasiones procuró favorecer.

Es de los hacendistas que cumplen y saben cumplir su misión con un desinterés que les honra y les enaltece.



EXCMO. SR. D. RAFAEL DE LA VIESCA

De una clarísima inteligencia y de una actividad extraordinaria, el Sr. de la Viesca puede mostrarse satisfecho de su brillante carrera política, en la que aún le aguardan muchos y señalados triunfos.

Persona competentísima en los asuntos industriales y mercantiles, fué Director general de Agricultura, Industria y Comercio, y en el desempeño de aquel importante cargo, supo demostrar sus excelentes aptitudes prestando verdaderos servicios á estas importantes ramas de la riqueza nacional.

En el Parlamento, su gestión ha sido también siempre una de las más útiles y beneficiosas, y sin pretensiones ni exageraciones que veda la modestia á este hombre de talento, ha sido uno de los mantenedores de nuestro crédito y de nuestros intereses materiales dentro y fuera de España.

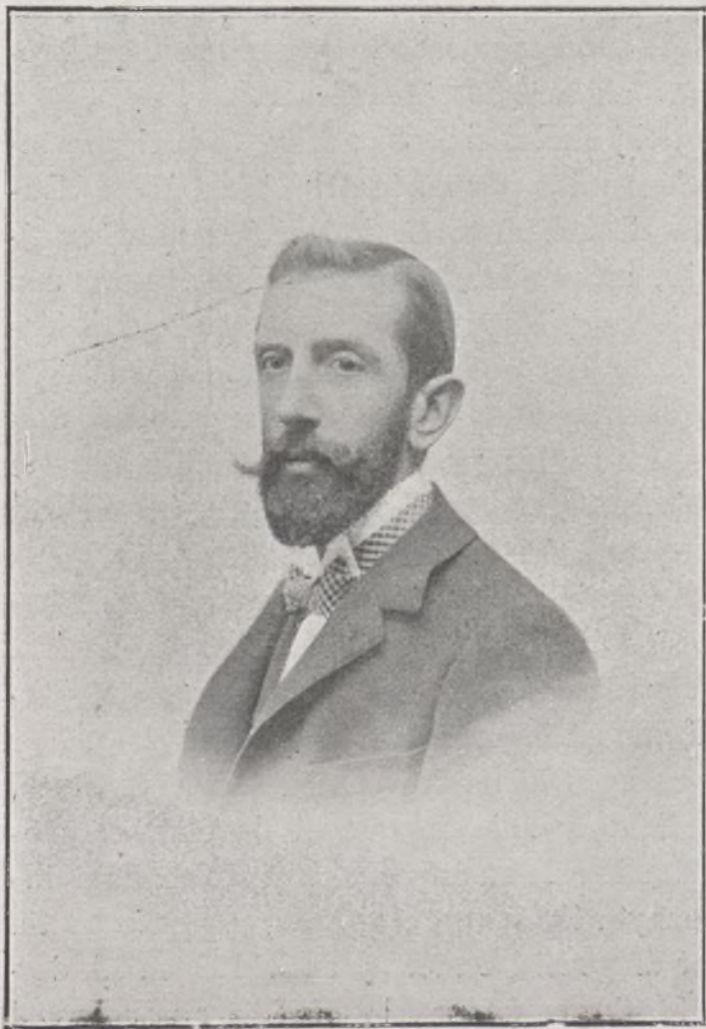
Trabajador incansable, á ella ha dedicado toda su actividad, que es muy grande, y amante de su región, para ella ha tenido siempre el Sr. de la Viesca sus más puros afectos y sus mayores entusiasmos.

Representa en el Congreso el distrito de Cádiz, y bien pueden estar seguros sus electores, de que en él tendrán siempre un paladín incansable y decidido que los defiende y haga por los intereses de la región gaditana cuanto pueda hacer el más amante de su tierra y el más enamorado de su país.

Dicho se está que todos estos entusiasmos responden al que D. Rafael de la Viesca siente por su Patria, por la que no vacilaría en sacrificarse como ya le ha sacrificado largo tiempo de estudios y de trabajo.

Caballeresco y afable, nuestro retratado es de los que tienen el don de captarse todas las simpatías de cuantos le tratan desde los primeros momentos, y de los que cautivan por su conversación sencilla y sincera.

Hombres como D. Rafael de la Viesca, son utilísimos al país, cada vez más necesitado de personalidades que con talento verdadero y positiva competencia dediquen su atención á las importantes cuestiones que hoy esperan la debida solución en nuestra Patria.



Los "trusts,, y la exportación.

Vienen siendo los *trusts*, ó sean las grandes *coaliciones*, por decirlo así, de productores de una determinada materia, agrupándose con el fin de vender aquélla á un mismo y determinado precio, imponiendo éste al mercado, vienen siendo los *trusts*, repetimos, la constante preocupación en muchos mercados de Europa, casi en todos ellos.

Estas uniones ó inteligencias entre productores ó fabricantes que un día imponen el acero, otros el hierro y hasta el petróleo, haciendo que su cotización sea en el viejo continente la que ellos quieren y la que les conviene, son algo así como el fantasma con que Europa sueña y al que teme, pensando que el *trusts*, el terrible *trusts* es el que todo lo acapara, el que todo lo gana, el que ejerce una especie de *hegemonía* en los mercados y, tiránico y opresor monopolizador, no consiente que nadie más que él con su avaricia y sus millones de millones de dollars, disfrute del envidiable privilegio de llevarse todas las ganancias, los más saneados beneficios y los mejores resultados.

Pues sin embargo de esto, y obedezca á las causas que quiera, ello es que ahora parece resultar que los tan decantados *trusts*, lejos de producir el resultado que sus fundadores se propusieron al constituirlos, han producido un efecto completamente opuesto y contrario.

Se da en este asunto el curioso y extraño caso de que mientras en muchas naciones europeas se ha llegado á pensar en dictar leyes y disposiciones especiales y adoptar acuerdos de carácter internacional obteniendo la inteligencia de varias potencias, contra los *trusts*, en los mismos Estados Unidos, que es la patria donde el *trusts* ha nacido para venir á la vida mercantil, se ha demostrado de un modo, si no muy claro, oficial, que aquella nacionalidad no acapara el mercado de Europa, sino que éste continúa casi en las mismas condiciones en que se hallaba antes de que los *trusts* apareciesen.

Todo esto dedúcese según una interesante y detallada Memoria que el ministro de Hacienda de los Estados Unidos ha publicado recientemente, y en la que con numerosos datos y copiosísimas cifras, trata de demostrar aquellas afirmaciones.

Conforme á dichas estadísticas, durante el año fiscal de 1901 á 1902, que ha terminado en 30 de Junio último, las exportaciones de los Estados Unidos han disminuído en lugar de aumentar, como los del *trusts* se proponían con su confederación, llegando esta baja á alcanzar la respetable suma de 530 millones de pesetas en oro, comparándole con el año anterior de 1900 á 1901.

Las importaciones, por el contrario, y como era de suponer dadas las condiciones en que se encuentra allí la balanza mercantil, han aumentado en una cifra también muy considerable, cual es la de cerca de unos 300 millones de pesetas en oro.

Lo más interesante que ofrecen estas estadísticas es que este aumento de las importaciones no se ha presentado sólo en los productos agrícolas, como podría creerse, y que allí no han sido todavía objeto de ningún *trusts*, sino que también producen esta elevación los aceros y los hierros, que como todos sabemos, han sido allí objeto de muchas inteligencias para venir á constituir poderosos y formidables *trusts*.

¿Serán estas estadísticas oficiales del Ministerio de Hacienda norteamericano, un medio para despistar en los mercados de Europa y una manera de que Roosevelt tranquilice desde el alto sitio de la presidencia de la República á las potencias europeas?

¿Se trata de una seria y fiel información, ó puede dar lugar á dudas (no porque aquélla haya sido hecha de mala fe, sino porque los datos han sido tomados equivocadamente) la referida memoria que tales datos arroja?

Sea como quiera, tratándose de un documento oficial y otorgándole el crédito que se merece, resulta que la importación aumenta en el Estado yanqui, pese á todos los *trusts* habidos y por haber.

Cuestiones sociológico-económicas.

PARTICIPACIONES Y SALARIOS

Una de las cuestiones que más preocupan á los comerciantes é industriales de Bélgica en estos momentos, es la tendencia que en sus subalternos y dependientes, incluso en aquellos de más inferior categoría, lo mismo que sean empleados que obreros, se observa, acerca de cierta nueva y más trascendental que ninguna otra petición de las formuladas hasta ahora por las clases asalariadas.

Esta petición, que arranca de teorías ya discutidas y debatidas en la mayor parte de las academias y ateneos donde se dilucidan y estudian las cuestiones de carácter social, no es sino la de pretender substituir los jornales, los salarios y los sueldos, cuanto implica, en fin, abono por parte de un patrono, de cierta suma en numerario á cambio ó en pago de determinados servicios; substituirlos decimos, por una participación en los negocios que el patrono, ó la empresa *explotadora* que haga sus veces, realice.

No es esta ocasión propicia, ni aunque lo fuese y dispusiéramos del espacio suficiente, nos consideraríamos capacitados para tratarla á fondo; pero sí, en vista de esos peligrosos derroteros que ahora parecen principiar á seguir los que, sin duda, caminan alentados por los triunfos obtenidos en otras pretensiones anteriormente formuladas, nos permitiremos hacer, aun cuando no sean más que brevísimas y ligeras, algunas consideraciones.

Desde luego, el jornal ó el emolumento que el prestario del servicio percibe por razón del mismo, tiene dentro de cada una de sus fases evolutivas (ascensos, comisiones ó trabajos extraordinarios ó especiales, etc.), una gran fijeza con la que siempre cuenta el operario ó el empleado. Comparado con aquel emolumento la participación en los negocios, que no es, en último extremo, más que la participación en las ganancias ó pérdidas de una casa ó establecimiento industrial ó mercantil, ofrece una inseguridad respecto del primero, que hace que quien espera el término de la liquidación ó el saldo de sus haberes para atender á su subsistencia ó á la de su familia, para saldar á la vez sus deudas, no puede contar de antemano, *a priori*, con un ingreso exacto, fijo ni seguro.

Enfrente de esta gravísima desventaja, existe, es cierto, una ventaja positiva, y es la de que el dependiente asociado á la explotación de un negocio cualquiera, tiene indudablemente mayor interés en el mismo, y, por lo tanto, despliega mayor diligencia, esmero y actividad en el desempeño de las funciones que se le confían, que no aquel otro que, seguro de que su sueldo no ha de modificarse

porque el negocio mejore ó empeore, presta al mismo menos atención.

Pero fijémonos en que este último extremo es más aparente que real, y para ello nos basta con exagerar un tanto la hipótesis y suponer que la explotación de que se trate descende hasta un grado muy marcado, y que las pérdidas se acentúan de un modo amenazador y terrible. ¿Qué le podrá suceder entonces al empleado ó al obrero? Fácil es de suponer: que sobrarán brazos en la fábrica, operarios en el taller ó escribientes en las oficinas; y como, por otra parte, la empresa ó el patrono no han de sostener contra sus intereses un cuadrante ni una nómina que los grava en más de lo que pueden soportar las resultancias de la explotación, por mucha que sea su caridad y su filantropía, se verán obligados á adoptar uno de dos procedimientos encaminados á tender á una nivelación de sus ingresos con sus gastos, ó rebajar sueldos ó despedir funcionarios.

Y no hablemos del último extremo á que los hechos pueden llegar, que es el de la quiebra, ó suspensión ó terminación del comercio ó industria de que se trate, porque entonces las disminuciones no caben, ni la selección tampoco, y el paro y la despedida general y terrible lleva á todos aquellos hogares la desesperación y la ruina.

Véase, pues, cómo el jornalero más modesto lleva indirectamente una participación en las explotaciones de la casa.

Otra dificultad observamos en la última pretensión hecha por los obreros belgas, y es la de que necesitarían, como socios comanditarios, tener una intervención en la contabilidad de la casa; y si no la tenían, ¿cómo iban á dar por buenos los balances redactados por quien no les inspiraba confianza como patrono, y fué por esto causa del cambio de emolumentos?

Para terminar, diremos que, hasta ahora, esta participación se viene reservando á los dependientes más idóneos, como premio á sus servicios, pero tenido bien presente que es en los establecimientos ó explotaciones que ya marchan seguras en sus negocios, y que esta emulación desaparecería con la realización del nuevo deseo manifestado por algunos obreros.

Conveniente es andarse muy cauto en estas pretensiones, que pueden muy bien á veces convertirse en armas de dos filos.

La naturaleza, el trabajo y la producción.

Ejemplo digno de imitarse y moral hasta en sus últimas consecuencias, es el caso que nos ofrece una de las regiones más áridas y estériles del globo, modelo que no vacilamos en ofrecer á la consideración de nuestros agricultores y labradores, quienes, dicho sea sin particularizar y reconociendo desde luego en su clase excepciones que les honran, quieren y pretenden alcanzar grandes rendimientos del suelo, precursores de pingües y saneadas rentas, pero poniendo de su parte el menor trabajo posible y arriesgando el menor capital.

Quieren hacer el milagro de los panes y los peces, sin observar que los milagros están reservados á seres privilegiados ó divinos y no acostumbran á observar los labradores de Andalucía, verbigracia (hablamos en general), que mientras ellos dejan al sol y á la tierra que por sí mis-

mos produzcan, se hace producir al suelo dos cosechas en algunas regiones de Galicia, donde el terreno es poco menos que roca y las heladas y las nieves casi continuas.

Ejemplo, pues, que no debe olvidarse y que demuestra cómo el trabajo puede llegar hasta á modificar las condiciones naturales del terreno, cuando la actividad y la constancia son sus guías principales, es el caso que brevemente vamos á exponer.

Se trata del Condado de Aroostock (Estados Unidos), situado al Nordeste de la Confederación norteamericana y limitado por una de sus fronteras con el Canadá.

Son allí los inviernos largos, crudos y crueles, las heladas muy frecuentes y las nieves se suceden unas á otras durante meses enteros, al mismo tiempo que los glaciales vientos del Polo soplan con terrible violencia sin que hayan sido bastante á quitarles ímpetu el largo recorrido que por las llanuras de la Tierra del Labrador tienen que hacer antes de llegar al Maine.

La vida allí, incluso para los seres animales, es penosa y muy dura, y sin embargo, gracias á la incesante labor de los agricultores de Aroostock, la comarca es tan rica y está tan admirablemente poblada, que mientras que se observa que en los distritos del Este disminuye la población rural, que va paulatinamente emigrando hacia las grandes ciudades, allí aumenta en los campos al par que la propiedad agrícola.

Esta es la única base de aquella inmensa riqueza, pues que allí no existen ni minas, ni obras de otro género; es más, casi puede decirse que el único cultivo que en Aroostock se practica es el de la patata; ni caña de azúcar, ni café, ni tabaco, ni canela, ninguno de esos vegetales que con trabajo relativamente escaso producen grandes rendimientos. Toda aquella enorme riqueza y exuberancia, proceden del cultivo de que es, al parecer, el más modesto de los tubérculos.

De él se obtiene una cosecha que por término medio se puede calcular en unos cuatro millones de barriles al año, y esta enorme producción es la que da abasto los principales mercados de Nueva Inglaterra, exportando además aquellos *valientes* labradores—tal es el adjetivo que merecen—muy grandes cantidades para los Estados del Sur.

Pero no se limitan tampoco estos agricultores á hacer producir á sus tierras mucho y bien, sino que para mantener el precio y el crédito de un producto, antes de enviarlas al mercado hacen de él una detenida selección, escogéndolas y clasificándolas con gran esmero conforme á su tamaño y calidades.

Las patatas defectuosas destínanlas á una industria que les sirve de importante suplemento, y es la de la obtención de la fécula, que á su vez tiene excelente colocación en el mercado.

Más de 50 fábricas, á las que por término medio se puede fijar á cada una de ellas el valor de unos ocho mil duros, funcionan actualmente en este ejemplar Condado y en ellas la campaña anual no dura más que dos meses á lo sumo, de manera que los operarios (que pueden aprender á hacer estas manifestaciones en un par de días), pueden, transcurridos aquéllos, dedicarse á otras tareas.

Los dueños de las fábricas compran á bajo precio á los labradores las patatas que, por ser de peor calidad, han apartado, pagándoles de 2 á 3 pesetas el barril, y de este modo, sin perder ninguno y ganando todos, la patata del Condado de Aroostock que va al mercado, bien puede asegurarse que es excelente.

El consumo de patatas en cada fábrica se calcula en 20.000 barriles, que producen unas 200 toneladas de fécula, pagándose luego de 15 á 25 céntimos por libra.

Véase, pues, cómo decíamos al principio, de qué manera pueden la constancia, el talento y el trabajo del hombre, convertir en fructíferas campiñas los que con la inacción, el abandono y la holganza, serían eriales, campos yermos, incultos y estériles.

DE DIPLOMACIA

LOS CÓNSULES Y SU MISIÓN

El que se tome la molestia de leer los epígrafes que figuran al frente de este artículo, acaso se creará que tratando de teorizar y que basados en doctrinas ya excesivamente clásicas, dentro del Derecho Internacional, vamos á caer en la candidez de explicar los deberes y obligaciones de quienes ejercen los consulados de una nación en país ó territorio extranjero, que no es lo mismo.

Abandone el lector desde luego aquel prejuicio y sepa que dispuestos á dar un carácter eminentemente práctico ó de inmediata aplicación á nuestros trabajos, nos referimos á la realidad, y dentro de ella á la actual, único medio de que resulten útiles disertaciones, que de otro modo podrían resultar más eruditas pero nunca más beneficiosas.

El Cónsul, no ya el español, sino todos cuantos se han instituido, tiene en el Derecho Internacional Público y Privado dos notas muy características y perfectamente marcadas que van anexas á su misión. Son aquéllas la de que es representante del *Estado* y la *Nación*, que representa en las relaciones internacionales, pero que á la par es agente mercantil y judicial.

Du Lôme, recurriendo á un esquema, presentaba de este modo gráfico las funciones y operaciones á que un Cónsul, dadas las modernas necesidades, se halla compelido:

Cónsul.....	{	Representación diplomática.	
		{	Mercantil.. { Informes.
			Registro de barcos.
		{	Judicial.. { Registro civil.
			Extradiciones, etc.

Pues bien, de todas estas obligaciones, sea por una ignorancia que casi no deberíamos suponer en ningún caso en los Cónsules de todos los países que los tienen, sea por una lenidad perniciosa y perjudicial, ello es que en lo que respecta al orden mercantil, poco ó nada hacen.

Claro es que hay excepciones dignas de loa, pero como tales, son las menos, y resulta que si prescindimos de las visitas á los barcos de pabellón correspondiente á la Nación que representa el Cónsul—sea general, honorario, subordinado local, parcial ó especial—apenas si interviene ni se preocupa de ninguna otra función.

Esto ha venido alentando, tal es la palabra, á algunos especuladores de mala fe, y así se ha dado la peregrina circunstancia de que haya quien pida informes de un comerciante (?) residente en un país extraño, y el Cónsul del interrogador, ó sea el que por su nacionalidad le corresponde, no sepa dar una contestación ni un informe concreto y categórico, bien entendido que se dan señas detalladas y exactas del domicilio del extraño.

La calma y la lentitud con que en materia judicial proceden nuestros Cónsules, no tiene comparación con la que *despliegan* en lo que se refiere á asuntos mercantiles. Y lo peor es que de ello resultan enormemente perjudicados y dañados en sus intereses los comerciantes de la nación de

que se trata—que en este caso es España—y hasta estafados, alguna que otra vez, como suele ocurrir en varias ocasiones con pseudos artífices y pretendidos comisionistas ó representantes de casas respetables que encargan compras, adquisiciones é inserciones de anuncios en los periódicos más importantes de los países extraños en que residen ó simulan residir y de quienes luego *a posteriori* no se obtiene la menor noticia ni la información necesaria.

Preciso es, pues, que sin desatender las formularias y acostumbradas funciones judiciales, procuren también no olvidar ni descuidar las no menos importantes de carácter mercantil, en las que nuestra producción es la primeramente interesada y en la que puede resultar muy comprometido el comercio y la industria españolas.

A nuestros oídos llegan quejas muy claras y terminantes acerca de varios de estos negociantes de mala fe y de los cuales no saben nuestros Cónsules una palabra.

El Ministro de Estado se encuentra en el deber de hacer entender á esos funcionarios la obligación en que están de ser garantía de la industria, á la cual engañan unos cuantos especuladores que viven á costa de ella y prevalidos de la ignorancia ó estulticia que parece residir en algunos consulados.

ANÉCDOTAS CURIOSAS

El papel principal.

Algunas veces los Gobiernos de todos los países, pues en aras de la verdad no han sido sólo nuestros Gobiernos los únicos, se han visto precisados para salir airoso de sus manipulaciones políticas ó para sostenerse en el Poder, dándole mayor fuerza y revistiéndole de mayor energía y autoridad, á representar verdaderas farsas, entre ellas la muy socorrida de simular alteraciones del orden público, por ellos mismos alterado, para darse después el gusto de aparecer como restablecedores del mismo y sostenes de la tranquilidad pública.

Esto ha originado que algunos hechos que se presentan como partiendo del pueblo, se atribuyan á veces con notoria desconfianza y excesivo recelo á manejos de los Gobiernos, y tal ocurrió una vez con un suceso acaecido en Madrid cuando era gobernador civil de esta provincia hombre tan integérrimo y tan serio como D. Pedro Mata, el doctor eminente, que bien se puede decir que fundó en España la Medicina legal.

El suceso á que nos referimos fué un atentado del que iba á ser víctima el inolvidable Rey D. Amadeo, y del que salió milagrosamente ileso.

Ocurrió el hecho en la calle Mayor, cuando volvía el Monarca en carruaje á Palacio de regreso de paseo. Se le hicieron varios disparos, y la policía, que aunque nada fijo sabía, pues que no pudo evitar el atropello, abrigaba sus sospechas, lanzóse en seguida sobre los presuntos regicidas, matando á uno de éstos.

Como no faltaron quienes viesan en todo aquello la mano del Gobierno, llegaron las hablillas hasta las Cortes, y no faltó diputado que de ellas se hiciese eco interpelando con este motivo al Gobierno.

Hubo orador que hasta explicaba cuánto dinero se había repartido y quien hasta sabía dónde se reunían los farsantes.

D. Pedro Mata, que también era á la sazón diputado, se levantó á sincerarse de aquellas calumnias, limitándose á decir:

—Sí, señores; se ha representado una comedia. Ya sabemos cuánto cobró el que disparó, lo que se dió á este polizonte, jornal de aquel otro... todo, todo lo sabemos. Sólo yo ignoro lo que habrá cobrado el que desempeñó el principal papel de la comedia, el sueldo que habrán pagado á ese gran actor que tan admirablemente ha hecho el muerto.

MISCELANEA

DE SOCIEDAD

Son esperados en Madrid, procedentes de París, la condesa de Requena, los marqueses de Viana y los hijos de éstos, Carmen, Leonor y Fausto Ramírez de Saavedra y Collado.

* *

Los marqueses de Villamediana reciben á sus amigos en su preciosa casa de la calle de Ayala los segundos y cuartos domingos de cada mes por la tarde. El principal atractivo de estos *five ó'clock tea* es la linda señorita Concepción de Lara.

* *

Ha llegado á Madrid la vizcondesa de Barrantes.

La marquesa viuda de Torrelaguna ha salido para Málaga, donde pasará el invierno.

También ha marchado á Málaga la condesa de Macedo.

Dentro de algunos días regresará á Madrid la marquesa de la Coquilla, que se encuentra actualmente en Barcelona.

De París regresarán en breve los marqueses de Viana, con la condesita de Requena.

Han llegado á París, procedente de Londres, los marqueses de Santa María de Silvela.

NECROLOGÍA

Ha fallecido en esta corte la distinguida señora doña Manuela de Herrera y Losa, condesa viuda de la Mortera, dama de grandes virtudes cristianas, cuya muerte será justamente sentida.

Estuvo casada con aquel patriota don Ramón de Herrera, conde de la Mortera que diera tan gallarda prueba de su generosidad y patriotismo en los tristes días de la guerra de Cuba, manteniendo á sus expensas un batallón de voluntarios, y trabajando sin descanso por la causa de España.

La condesa viuda de la Mortera gozaba grandes simpatías por su piedad y su caridad. Su casa del Paseo de la Castellana se ha visto por esto muy concurrida por distinguidas personas.

* *

También ha fallecido en París la distinguida y virtuosa señora viuda de Ruiz Mantilla, madre del exdiputado á Cortes por Lucena D. Esteban Ruiz Mantilla.

ESTRENOS

ALHAMBRA

La notable Compañía que actúa en este favorecido teatro, bajo la dirección del distinguido primer actor Sr. García Ortega, ha estrenado el drama en tres actos, de Dicenta, titulado *Aurora*.

La nueva producción del autor de *Juan José* venía precedida de una reputación grande, por los éxitos obtenidos en nuestras principales provincias.

Aurora es un drama interesante, exclusivamente *popular*, y en el que el autor ha puesto de manifiesto con notable maestría algunos de los defectos de nuestra *alta sociedad*.

El éxito ha sido franco, indiscutible, y si se quiere ruidoso... y el público aplaudió y sigue aplaudiendo con verdadero entusiasmo al autor y los intérpretes de *Aurora*, que, sin excepciones, rayan á gran altura, cada cual en sus respectivos papeles.

LARA

La credencial, de D. Miguel Echegaray, única novedad que en la quincena transcurrida nos ofrece el teatro de don Cándido, pasó sin protesta, no obstante su argumento inverosímil y por demás gastado.

Hay que confesar, sin embargo, que la obra tiene gracia, y que los intérpretes pusieron de su parte cuanto pudieron para que *La credencial* saliera á flote.

PRICE

Miguel Andrés, zarzuela de Pascual Millán y el maestro Larregla.

Si hemos de ser sinceros, la zarzuela estrenada el sábado en el Circo de Price no puede alternar «dignamente» con ninguna del repertorio antiguo, que con tan buen acierto como fortuna, viene sirviendo la empresa.

Pero de esto, á asegurar que la obra es mala, como ha dicho algún crítico de periódico de la tarde, hay mucha distancia.

Es obra entretenida que dará muchas y buenas entradas á la empresa, siquiera sea por la música y el decorado, digno de elogio este último y como corresponde al laureado Amalio.

LIRICO

Con las obras de repertorio sigue defendiéndose este lujoso teatro, que cuenta por llenos sus representaciones.

Verdad es que los artistas se lo merecen y que la orquesta es digna de aquel gran teatro, por lo numerosa y bien disci-

plinada, lo cual contribuye, y no poco, al realce de las obras que el público oye y aplaude todas las noches con entusiasmo.

COMEDIA

Y aquí tienen mis respetables lectores á *La dicha ajena*; es decir, allí, en aquel teatro, se estrenó y se sigue haciendo esta nueva producción de los hermanos Quintero.

¿Gustó? ¿No gustó? Categóricamente tampoco puedo decirlo.

La noche del estreno se aplaudió mucho el primer acto, que es soberbio; pasó en silencio el segundo, que á mí no me pareció tan malo, y se oyeron algunos aplausos tímidos en el tercero, que considero el peor de todos los actos escritos por estos ingeniosos hermanos.

De modo que casi puede decirse que fué un *mediano éxito*.

Hay que confesarlo; los Sres. Quintero, hacen grandes esfuerzos por seguir cultivando la alta comedia; pero en *Los Galeotes* debieron gastarse toda su *capacidad* dispuesta para este género de obras, porque *Las flores* y *La dicha ajena* dejan mucho que desear.

Los artistas encargados del reparto de *La dicha ajena*, estuvieron verdaderamente felices, sobre todo Rosario Pino y Morano, que obtuvieron muchos aplausos en unión de los autores.

CÓMICO

Arniches y Jackson Veyan han escrito con su habitual gracia y maestría una obra (así como suena), que aunque en un acto, tiene todas las de la ley.

Los granujas, que así se titula la nueva producción, tiene un asunto tan nuevo como interesante y está admirablemente dialogada.

La partitura que *Quinito* y Torregrosa han compuesto para *Los granujas* es digna del libro, y como éste, fué muy aplaudida.

Loreto, invencible, admirable y archi-sublime, y Chicote como nunca en su papel de *golfo mayor*.

Autores y artistas fueron aclamados infinitas veces, y

Los granujas del Cómicó son los mejores que se conocen y los más *inofensivos*...

MARTÍN

Con el título de *El mixto de Alicante*, se ha estrenado en este concurrido teatro un jugueteo, original de D. Federico Luceño.

La obrita fué aceptada con benevolencia y se aplaudió al autor y á la señorita Bertrán y Sr. Perrín.

ZERÁUS

Exposición fabril y artística

40—Alcalá—40

MÁQUINAS

SINGER PARA COSER

Sucursal

18, MONTERA, 18

MADRID

Pídase el catálogo ilustrado que se da gratis

MADRID



GRANJA MODELO

EL CERCADO

Dueñas (PALENCIA)

Reproductores de las mejores razas extranjeras
puras y en cruces aclimatadas en España.

TOROS DURHAM Y HOLANDESES

CARNEROS DISLHEY Y SOUTHDOWN

BERRACOS YORK Y NEW LEICESTER

Catálogo ilustrado con precios
gratis á quien le pida.

AGUAS OXIGENADAS

PÍDANSE POR TELÉFONO, NÚM. 675

Paseo de Coches del Retiro.

El agua oxigenada sola, ó mezclada con el vino, es la mejor agua de mesa. Evita la fiebre tifoidea, cura la anemia y los vómitos del embarazo.

El oxígeno embellece porque cura las tiñas peladas (calvas en forma de lunares) y hace crecer el pelo de las cejas, aunque no las hayan tenido nunca, en poco tiempo y con poco gasto.

Balones de oxígeno químicamente puro.

HOTEL DE ROMA

Caballero de Gracia, 23

MADRID

Único hotel en Madrid que tiene entrada de carruajes hasta el vestíbulo. Hay ascensor, teléfono, baños en los pisos. Luz eléctrica en toda la casa; siendo el único Hotel en Madrid que posee un bonito jardín.

Este Hotel está situado en el centro de la capital, y más próximo á la Presidencia, Banco de España, Bolsa y Cibeles, centro de los paseos.

En vista de la numerosa clientela que le honra, ha aumentado un número considerable de habitaciones confortables.

Yotti y C.^a

Recomendamos á nuestros lectores el magnífico Hotel de este mismo nombre establecido en Málaga, y que por su situación, elegancia y comodidades, es, sin duda alguna, el mejor de aquella capital.

Puerta del Mar, 26 (Ancienne Alameda).

MÁLAGA

MATIAS LÓPEZ

MADRID-ESCORIAL

Los chocolates, cafés y sopas coloniales de esta casa son los mejores que se presentan en los mercados.

Premiados con 40 medallas.

De venta en todos los establecimientos de ultramarinos de España.

Oficinas: Palma Alta, 8.

Depósito central: Montera, 25.

"AURORA,"

Compañía anónima de seguros incendios, marítimos, valores y rentas vitalicias.

FUNDADA EL AÑO 1900

Capital: 20.000.000 de pesetas

Dirección general en Bilbao, ESTACION,
en el palacio de la Compañía

Subdirección en Madrid, MONTERA, 20, 1.º

LA HIGIÉNICA

Agua vegetal de ARROYO, premiada en varias Exposiciones científicas con medallas de oro y plata. La mejor de todas las conocidas hasta el día para restablecer progresivamente á los cabellos blancos á su primitivo color. No mancha la piel ni la ropa. Es inofensiva, tónica y refrescante en sumo grado, lo que hace que pueda usarse con la mano, como si fuese la más recomendable brillantina. Se expende en todas las perfumerías y peluquerías de Madrid y provincias. Al por mayor, Preciados, 56, pral.